

CARI / ASUNTOS GLOBALES

Número 2
Diciembre 2025

América Latina

**Más allá de la guerra:
la nueva militarización
en América Latina**

Agostina Dasso Martorell

Más allá de la guerra: la nueva militarización en América Latina



Agostina Dasso Martorell

Candidata doctoral en la Universidad de Princeton. Se especializa en seguridad internacional y su investigación actual estudia las causas y variaciones de la militarización en América Latina. Es magíster en Política y Economía Internacional por la Universidad de San Andrés y licenciada en Estudios Internacionales por la Universidad Torcuato di Tella. Correo de contacto: ad3957@princeton.edu

1. Introducción

La militarización en el mundo y la importancia de América Latina

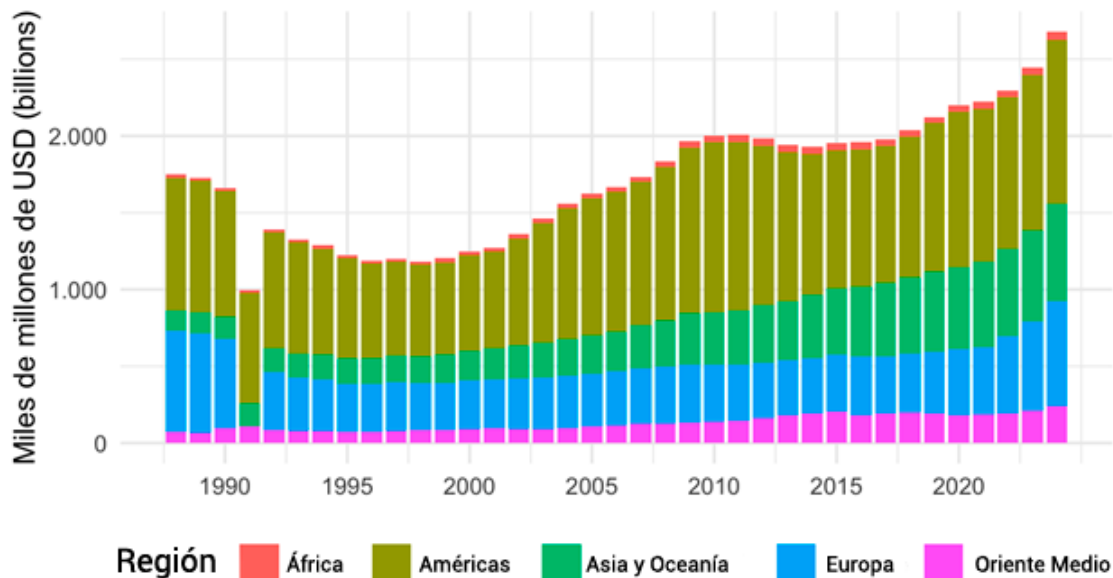
En 2024, el gasto militar mundial alcanzó los 2,7 miles de millones de dólares. El último informe del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) reveló que el gasto en defensa a nivel global registró su mayor incremento en al menos tres décadas: casi un 10 % más que en 2023, y con un crecimiento sostenido por diez años consecutivos. Por segundo año, todas las regiones del mundo aumentaron sus presupuestos militares (Xiao *et al.*, 2025).

Las razones inmediatas parecen claras. La guerra en Ucrania, la guerra en Gaza y los enfrentamientos abiertos entre Israel e Irán incrementaron los números en Europa y Medio Oriente. En la Unión Europea, casi todos los países elevaron su gasto al 2 % o más de su PIB para responder a la amenaza rusa y cumplir con las demandas de Estados Unidos en la OTAN. Según datos del SIPRI, en Medio Oriente, Israel elevó su gasto un 65 %, el mayor incremento anual desde 1967, mientras que Líbano también incrementó sus asignaciones de manera drástica.

A esto se suma la competencia estratégica entre China y Estados Unidos, la cual no solo se proyecta territorialmente en el mar de la China Meridional, sino que se expande a otras arenas geográficas a través del comercio, inversiones y cadenas de valor en todo el mundo. Tanto Rusia como Estados Unidos, los dos gigantes militares tradicionales, también aumentaron sus presupuestos: un 38 % y un 5,7 %, respectivamente. Esta tendencia no se limita únicamente a los escenarios de guerra abierta. En Asia Pacífico, países como Japón, India y Taiwán destinan cada vez más recursos

a modernizar sus fuerzas armadas, adquirir nuevas capacidades y prepararse frente a un entorno de crecientes tensiones.

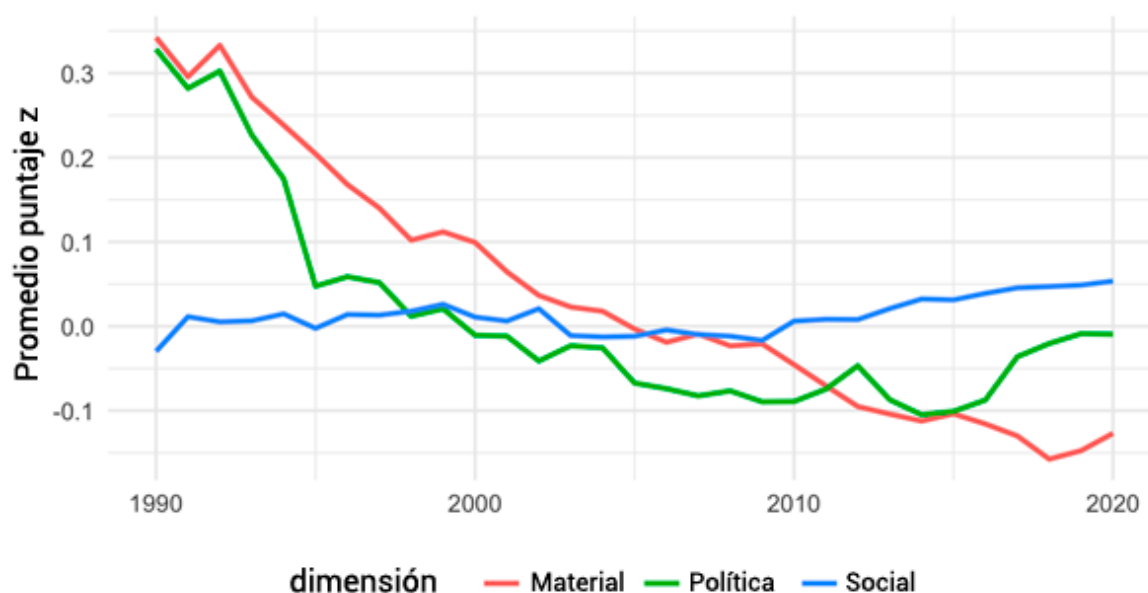
Figura 1: Gasto militar global por región (1988-2024)



Nota: el eje Y representa USD constantes.
Fuente: SIPRI Military Expenditure Database

Este panorama remite a cierto clima de época. Como señaló Van Evera (1984), el “culto a la ofensiva” previo a la Primera Guerra Mundial llevó a líderes políticos y militares a percibir el entorno estratégico como inherentemente peligroso. Esa percepción incentivó la carrera armamentista y la adopción de planes de guerra preventiva, lo que a su vez magnificó la posibilidad de un conflicto mayor. Este culto ha sido considerado como una de las causas principales de la crisis que llevó a la guerra.

La historia sugiere, entonces, que una guerra —o incluso su amenaza— puede incentivar el rearme, la modernización militar y el aumento del gasto en defensa. En esta visión tradicional, la militarización aparece como un efecto de la amenaza: los Estados se militarizan porque se preparan para la guerra. Sin embargo, reducir la militarización a lo estrictamente material (presupuesto, armamento, número de efectivos) deja por fuera dimensiones clave para poder entender el fenómeno en su totalidad. A su vez, concebir la militarización únicamente como respuesta a conflictos interestatales resulta insuficiente para explicar su persistencia y expansión en contextos donde la guerra ya no organiza la política y la vida social.

Figura 2: Tendencias de la militarización a nivel global (1990-2020)

Nota: los índices se calculan como el promedio no ponderado de indicadores estandarizados (puntaje z). Los puntajes z (z-scores) centran cada variable en cero y la escalan por su desviación estándar, lo que permite comparar indicadores con diferentes unidades de medida.

Fuente: Multidimensional Measures of Militarization (M3) database (Bayer, Croissant, Izadi y Scheeder, 2023)

Como se observa en la figura 2, la militarización actual también se manifiesta de manera política y social. Aunque el gasto militar global alcanzó un récord histórico, las tendencias de largo plazo muestran que lo material no constituye la única —ni necesariamente la más significativa— dimensión en ascenso. Por el contrario, se advierte un incremento en las formas políticas y sociales de la militarización, en las que las fuerzas armadas ocupan un lugar cada vez más visible tanto en la vida cotidiana como en las agendas estatales.

En muchos países, sobre todo aquellos que no suelen involucrarse en conflictos o se encuentran alejados de escenarios de guerra interestatal, la militarización adopta otras formas. Es decir, las fuerzas armadas cumplen funciones que van mucho más allá de la guerra. El ejemplo del COVID-19 fue ilustrativo: las fuerzas armadas fueron utilizadas para repatriar ciudadanos, patrullar calles, construir hospitales, distribuir alimentos e incluso vacunar. Con ello, comenzó a visibilizarse una práctica habitual en regiones del mundo donde la guerra tradicional ha quedado en el pasado. En América Latina, esta práctica no fue excepcional, sino la continuidad de una larga historia en que los militares se han involucrado en tareas que exceden la defensa externa, como la seguridad pública, el control fronterizo o la respuesta a emergencias. Por este motivo resulta crucial mirar a América Latina. La región ofrece un laboratorio para pensar cómo se manifiesta la militarización y cómo evoluciona en escenarios donde no existe una amenaza bélica directa, pero donde las fuerzas armadas se convierten en actores centrales de la vida política y social.

Este artículo propone, en primer lugar, situar el fenómeno de la militarización en un panorama global; en segundo lugar, profundizar en la evolución y las dimensiones del concepto y, por último, examinar sus particularidades en América Latina, analizando su variación en el tiempo y entre países. Entender la militarización más allá de lo estrictamente material es necesario para pensar la seguridad internacional y las políticas públicas de defensa, así como también para comprender cómo y para qué los Estados contemporáneos utilizan y necesitan a sus fuerzas armadas.

2. ¿Qué es la militarización? Un concepto en evolución

2.1. La visión tradicional

En su definición más clásica, la militarización se entiende como el proceso de acumulación material del poder militar. Más precisamente, Ross (1987) y Lind (2004) la definen como el crecimiento sostenido de las capacidades militares. Para Lind, la militarización debe medirse en términos materiales y comparativos, observando el gasto agregado en defensa y las capacidades militares por dominio. Por su parte, Eide y Thee (1980) proponen una definición operacional del concepto basada en indicadores tangibles: el incremento de armamento, los avances en la capacidad destructiva de los armamentos, el número de efectivos y los incrementos en el gasto militar. Aunque los indicadores pueden variar, esta definición lo convierte en un concepto marcadamente “material”, vinculado a la cuantificación de los recursos bélicos.

Este enfoque material también ha permeado los instrumentos de medición contemporáneos. El Global Militarization Index (GMI), elaborado por el Bonn International Center for Conversion (BICC), se inscribe en esta tradición de medición “basada en recursos”. Es decir, registra el nivel de militarización de un país a partir de la proporción de recursos que el Estado asigna al sector militar, como el presupuesto en defensa con respecto al PIB, la cantidad de efectivos y la cantidad de médicos por militares en servicio.

Esta lectura, arraigada en el pensamiento realista de las relaciones internacionales, concibe la militarización como un proceso de preparación frente a un enemigo externo, una amenaza latente o un posible conflicto. En un mundo anárquico, los Estados deben prepararse para la guerra si quieren sobrevivir. Bajo esta lógica —la del dilema de seguridad (Jervis, 1978)— cuando los Estados perciben riesgo, refuerzan su músculo militar.

Esta visión se traduce en patrones de comportamiento reconocibles. La carrera armamentista previa a la Primera Guerra Mundial o la competencia nuclear durante la Guerra Fría son ejemplos paradigmáticos: la percepción de un entorno estratégico ofensivo incentivó a los Estados a reforzar sus capacidades militares. En la actualidad, casos como los de Ucrania, Rusia o Israel vuelven a ilustrar este patrón: el estallido o la inminencia del conflicto conduce a un aumento acelerado del gasto y a un proceso clásico de militarización.

2.2. Más allá: la securitización y las dimensiones del concepto

Con el fin de la Guerra Fría y la renovación de las agendas de seguridad, la militarización comenzó a ser explorada en términos ideacionales y discursivos, y se extendió más allá del ámbito de la defensa y lo estrictamente militar para incorporar creencias sociales y valores. En este marco, Alexander Wendt y Michael Barnett (1993) propusieron ampliar la mirada hacia el tercer mundo, señalando que las categorías analíticas occidentales no podían simplemente trasladarse a la periferia. En estos Estados, las amenazas externas resultaban marginales y la militarización estaba moldeada por dinámicas internas de orden y consolidación estatal. Por ello, se volvió fundamental entender la militarización no solo como la acumulación de recursos y capacidades materiales, sino también como un conjunto de prácticas sociales, políticas e ideológicas ligadas a los distintos procesos de formación del Estado.

En esta línea, la literatura de la escuela de Copenhague introdujo el concepto de securitización. La securitización convierte problemas sociales o políticos en cuestiones de seguridad que justifican un rol más amplio para las fuerzas armadas. Bajo este marco, militarizar equivale a construir discursivamente amenazas que habilitan medidas extraordinarias y extrainstitucionales, que desplazan el debate fuera de lo considerado “normal” para el accionar de las fuerzas armadas. Con el tiempo, ese discurso legitimador se transforma en medidas tangibles que se traducen en el involucramiento de militares en tareas que exceden la de la preparación para la guerra y la defensa del territorio nacional frente a enemigos externos.

Kuehn y Levy (2020) observan una ampliación significativa del despliegue militar en misiones no tradicionales, como la lucha contra el terrorismo, el crimen organizado, el mantenimiento del orden público y misiones sanitarias. Muchos Gobiernos, para facilitar y justificar estos nuevos roles, apelan a un discurso securitario militarizado, que normaliza el uso de la fuerza frente a este tipo de amenazas y la presenta como necesaria. Como señala Verdes-Montenegro Escáñez (2019), la militarización no se limita al fortalecimiento de instituciones castrenses, sino que también refleja una tendencia civil y política a recurrir a soluciones militarizadas frente a problemas sociales y políticos. Por lo tanto, militarizar también implica naturalizar la centralidad de lo militar en la cultura política y social, incluso en la ausencia de un conflicto armado. Por este motivo, Levy (2016) distingue entre el control del aparato militar y el control de la militarización. Es decir, entre el control sobre la institución militar y el control sobre los discursos y legitimaciones del uso de la fuerza. Según Levy, un Estado puede ejercer control sobre las fuerzas armadas y, al mismo tiempo, experimentar altos niveles de militarización en otras esferas como la cultural o la discursiva.

Si bien la agenda política urgente sugiere que la conflictividad global está impulsando la militarización material, desagregar el fenómeno permite ver que, en las democracias contemporáneas, hay una expansión discursiva y funcional del aparato militar en otros ámbitos que exceden su rol tradicional. En estos países alejados de la guerra, los presupuestos de defensa pueden no aumentar, pero los roles y la presencia militar se expanden en distintas áreas de la vida pública.

2.3. Militarismo

Hablar de militarización implica, inevitablemente, hablar de militarismo. Sin embargo, ambos conceptos no son equivalentes. La distinción más clara es que la militarización es un proceso, mientras que el militarismo es una ideología. La primera refiere al desarrollo de prácticas e instituciones que legitiman el uso de la fuerza en diversas áreas de la vida pública; es decir, la extralimitación institucional del aparato coercitivo. El segundo, a la incorporación de los valores y lógicas marciales (Kraska, 2007) en la cultura nacional, las relaciones sociales y las identidades personales. Aunque pueden existir procesos de militarización sin militarismo explícito, ambos conceptos permanecen vinculados.

Para Levy (2016, p. 76), mientras la militarización es un proceso mediante el cual se expresa el militarismo, este último constituye un enfoque cultural y político que incrementa la aceptación de la guerra como una actividad social normal y deseable. En el mismo sentido, Eide y Thee (1980) enfatizan que el militarismo supone la imposición del activismo belicoso y la preferencia por recurrir a la coerción militar para resolver conflictos.

El militarismo incluye también un componente discursivo: la naturalización del uso de la violencia y la organización de la vida social y política bajo valores propios de las fuerzas armadas como parte de lo que se considera legítimo. Lutz (2002) señala que la militarización cotidiana refleja esa penetración de los valores castrenses en las instituciones civiles, así como también en las jerarquías de género, la educación y la cultura política.

Aun cuando militarismo y militarización no sean lo mismo, su interacción permite comprender cómo se institucionalizan las prácticas militarizadas. Con frecuencia, la literatura utiliza ambos conceptos de manera intercambiable, lo que puede oscurecer los mecanismos específicos mediante los cuales dichas prácticas se consolidan. En las democracias contemporáneas, las fuerzas armadas son desplegadas en una amplia variedad de operaciones externas e internas, y este despliegue suele estar acompañado de un discurso securitario militarizado que legitima a la fuerza como herramienta de la política civil.

3. La militarización latinoamericana

3.1. La militarización del siglo XX

El siglo XX latinoamericano estuvo marcado por el protagonismo político de las fuerzas armadas. Esto se expresó en una sucesión de golpes de Estado que, hacia 1970, había convertido en norma a los Gobiernos autoritarios en la mayoría de los países de la región. A través del clásico golpe de Estado, los militares justificaban su intervención como mecanismos para restaurar el orden, reorganizar la política o garantizar el desarrollo nacional.

La ciencia política de la época se concentró en entender las dinámicas de estos regímenes militares y su rol en la organización del Estado. El concepto de “autoritarismo burocrático” de Guillermo O'Donnell (1973), elaborado para las dictaduras del

Cono Sur, abrió un amplio debate al que se sumaron las nociones de “nuevo autoritarismo” de David Collier (1979) y el “nuevo profesionalismo” de Alfred Stepan (1988). Estas perspectivas coincidían en que las fuerzas armadas se percibían a sí mismas como administradoras del Estado más eficientes que los políticos civiles. Stepan señalaba que este nuevo profesionalismo respondía, en parte, a la influencia de la doctrina de seguridad nacional y del entrenamiento contrainsurgente promovido por Estados Unidos durante la Guerra Fría, que orientaron a los ejércitos hacia la seguridad interna y la represión del “enemigo interno”. Este proceso también implicó la creación de un aparato represivo amplio, en el que los ámbitos de la defensa y la seguridad se entrelazaron, integrando al resto de las fuerzas de seguridad (Pereira, 2005). No solo eso, bajo esta doctrina también se crearon nuevas escuelas dentro de las fuerzas armadas, donde los militares eran capacitados para administrar distintos ámbitos del Estado nacional.

En este contexto, se empezó a reconocer que las fuerzas armadas latinoamericanas eran “cualitativamente diferentes” de las de otros países. Mientras aquellas se enfrentaban a amenazas externas, en América Latina la atención se centraba en las internas (Bowman, 1996). El resultado fue la expansión de la influencia militar en todas las dimensiones políticas del Estado.

La llegada de la tercera ola de democratizaciones durante los años ochenta trasladó el foco hacia las relaciones cívico-militares en democracia. Dos debates principales surgieron. El primero, de corte descriptivo, analizó las continuidades y cambios en la autonomía militar luego de la transición, elementos que se veían influenciados por el tipo de transición que se gestaba, la fortaleza del modelo económico heredado de la dictadura, el diseño institucional de las nuevas democracias y las dinámicas internas de las organizaciones militares. El segundo, de carácter normativo, retomó las premisas de Huntington (1957) sobre profesionalismo militar y buscó definir cómo deberían funcionar las relaciones cívico-militares en democracia. Esta literatura se centró en reforzar el control civil, reformar los sistemas de seguridad e impedir que los militares conservaran “autonomías feudales” (Cruz y Diamint, 1998) o mantuvieran cuotas de poder heredadas de los regímenes autoritarios (Arnson, 2012).

Si bien los contextos nacionales variaron, hacia fines del siglo XX casi todos los países de la región se habían convertido en democracias y los militares habían regresado a los cuarteles. Como indica la figura 3, se inició un proceso de desmilitarización de la política que, con diferencias en grado y extensión, desplazó a los militares del centro de la vida política. Este proceso vino acompañado de una política orientada a reforzar las normas democráticas en el ámbito militar, reconfigurar las relaciones cívico-militares e instaurar y consolidar el control civil por sobre la política de defensa.

Figura 3: Promedio de la militarización (material, política y social) en América Latina y el Caribe (1990-2020)



Nota: el índice total promedia los índices por dimensión, contruidos a partir de puntajes z para hacer comparables indicadores con distintas unidades.

Fuente: M3 database (Bayer *et al.*, 2023)

La figura 3 muestra, en términos regionales, cómo se desarrolló ese proceso de desmilitarización desde los años 90 hasta después del 2005. El cambio era evidente: algo había transformado la relación entre los militares y la política. La desarticulación de lo militar tomó diferentes formas en los distintos países. El caso emblemático es el argentino, país en el que se dictaron leyes que separaron de manera taxativa el ámbito de operación de las fuerzas armadas y las fuerzas de seguridad, limitando a los militares a la defensa de la soberanía nacional y la protección del territorio frente a amenazas externas. Desde entonces, los militares ya no podían intervenir en la seguridad pública. En otros países de la región, la separación no fue tan tajante y los militares lograron retener cuotas de poder e influencia en la política: tal es el caso de Chile, en el cual los militares conservaron prerrogativas que les otorgaban inmunidad, poder de veto e incluso la administración de un fondo secreto. Con el tiempo, muchas de esas prerrogativas fueron derogadas, aunque el país aún mantiene su constitución pinochetista. Diferente fue la situación de muchos países centroamericanos que, al regresar a la democracia, pretendieron reformar sus sistemas de seguridad, pero terminaron preservando vestigios del autoritarismo, manteniendo estructuras y figuras heredadas del pasado dentro de nuevas instituciones (Arnson, 2012).

Por un tiempo, predominó el consenso de que este proceso significó una desmilitarización de la política y un avance en el control civil. Como señalan Pion-Berlin y Trinkunas (2010), lo llamativo del período fue la falta de intervención militar en

momentos que antes habrían derivado en un golpe de Estado. Esa constatación cimentó la base de un supuesto ampliamente compartido: la región había dejado atrás la era de los golpes militares.

3.2. La militarización en el siglo XXI

Sin embargo, tal y como refleja la figura 3, a partir de mediados de la primera década del siglo XXI comenzó a observarse un fenómeno llamativo: la militarización resurgió en América Latina, aunque bajo formas muy distintas a las del siglo anterior. Los militares volvieron al centro de la escena política, pero ya no mediante golpes de Estado ni tomando el poder directamente, sino por invitación explícita de políticos civiles.

Con el fin de la Guerra Fría, emergió un nuevo paradigma de seguridad centrado en las “nuevas amenazas”. Este término, amplio y difuso, incluía actores violentos no estatales, como el narcotráfico, el crimen organizado, las maras y pandillas, entre otros, que desafiaban de manera directa la autoridad del Estado. En este contexto, las agendas de defensa y seguridad interna volvieron a solaparse, justificando el uso de las fuerzas armadas en tareas tradicionalmente policiales o de orden público.

El resultado fue un tipo de militarización conducida por el Estado. A diferencia del siglo pasado, no eran las fuerzas armadas las que buscaban tomar el poder para administrar y restaurar el orden público, sino los propios Gobiernos democráticos civiles quienes decidieron ampliar sus funciones, convocándolas para enfrentar amenazas internas y crisis de seguridad. Esta militarización por invitación civil redefinió el rol de las fuerzas armadas, desplazándolas del objetivo clásico de defensa externa hacia la seguridad ciudadana, el combate al crimen organizado o incluso la gestión de emergencias. En lugar de desafiar el liderazgo civil, los militares fueron integrados en las estrategias estatales como respuesta a la pérdida del monopolio legítimo de la violencia frente a actores no estatales.

3.2.1. Variaciones de la nueva militarización

La militarización contemporánea en América Latina se diferencia de la del siglo XX en dos aspectos centrales. En primer lugar, por el agente militarizador: ya no son las fuerzas armadas las que buscan ocupar el poder político, sino que son los líderes civiles quienes convocan a los militares para reforzar su gobernabilidad y legitimidad. En segundo lugar, por el tipo de amenaza: las misiones militares ya no se justifican frente a enemigos externos o a la lucha contrainsurgente, sino frente a amenazas criminales (narcotráfico, crimen organizado, pandillas), sociales (protestas, estallidos), e incluso políticas (crisis de gobernabilidad).

Las manifestaciones de esta militarización varían en grado y en forma, pero comparten un común denominador: las fuerzas armadas han dejado de ser instrumentos de defensa externa y se han convertido en actores activos de la gobernanza interna. Ejemplos recientes lo ilustran con claridad. En Chile y en Ecuador, en 2019, los presidentes aparecieron junto a generales al declarar estados de emergencia en respuesta a protestas masivas. En Brasil, un general retirado fue electo presidente

y miles de militares ocuparon cargos ministeriales. En Bolivia, los militares le “sugirieron” la renuncia a Evo Morales para luego embanderar a la nueva presidenta *de facto*. En Perú, Martín Vizcarra disolvió el Congreso con apoyo castrense. En Uruguay, un partido militar obtuvo dos asientos en el Congreso en 2019. En México y en Colombia, hace tiempo que intervienen en la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado.

En esta diversidad de expresiones, las funciones se han expandido: hoy los militares patrullan calles, combaten el crimen organizado, responden a desastres naturales, suprimen protestas e incluso asumen tareas policiales. A diferencia de la era de las juntas militares, en la que los uniformados buscaban ocupar directamente el poder político, en el siglo XXI lo hacen principalmente a solicitud de los Gobiernos civiles.

¿Cómo, entonces, caracterizar la militarización del siglo XXI? Estas variaciones requieren sistematizar las formas a través de las cuales se manifiesta la militarización y los ámbitos en los que se expresa. Siguiendo a Bayer *et al.*, (2023), este proceso puede entenderse en tres ámbitos: el material, el político y el social. En el ámbito material, implica el incremento de recursos y capacidades materiales, como armamento, personal o presupuestos. En el ámbito político, implica la creciente presencia de militares en procesos de decisión civil y en el arbitraje de crisis democráticas. En el ámbito social, implica el uso de las fuerzas armadas para tareas policiales o de orden público, así como la expansión del rol de los militares en instituciones civiles.

Esta “nueva militarización”, retomando el concepto de Rut Diamint (2015) sobre el “nuevo militarismo”, se distingue por presentar dos tipos de variación. La primera es temporal, ya que se diferencia de la del siglo XX y no constituye una simple repetición de los patrones del pasado (como sugeriría la noción de “remilitarización”).¹ La segunda es interestatal, dado que adopta formas distintas en cada país de la región. La tabla 1 sintetiza las tres dimensiones a través de las cuales se puede evaluar esta variación y compararla entre países.

1 Otro concepto acuñado por Diamint (2021). En este texto, sugiero un término intermedio entre “nuevo militarismo” y “remilitarización”. El motivo es porque el primero hace referencia a la ideología y no al proceso, y porque el segundo transmite una noción de repetición que no logra capturar las novedades del fenómeno contemporáneo ni transmite las diferencias con la militarización del pasado.

Tabla 1: La nueva militarización latinoamericana

Dimensión	Definición	Parámetros	Descripción de parámetros
Agente	Actor principal que impulsa la militarización.	Civil	El liderazgo político civil convoca a los militares para intervenir en áreas que exceden a la defensa.
		Militar	Las fuerzas armadas buscan expandir su poder e influencia en la política.
Tipo de amenaza	Justificación que legitima el despliegue militar.	Política	Crisis institucionales, disputas de poder, arbitraje en transiciones democráticas.
		Criminal	Narcotráfico, crimen organizado, pandillas.
		Social	Protestas, estallidos, desórdenes civiles.
Ámbito	Esfera en la cual se manifiesta la militarización.	Material	Incremento de recursos y capacidades militares (armamento, personal, presupuesto).
		Político	Presencia de militares en cargos civiles, toma de decisiones y arbitraje en crisis.
		Social	Uso de las fuerzas armadas en tareas de orden público, seguridad interna y vida cotidiana.

Algunos trabajos recientes han observado y documentado estas tendencias. Diamint (2015, 2021), Verdes-Montenegro Escánez (2019), Pion-Berlin y Carreras (2017) y Flores-Macías y Zarkin (2021) describen un panorama de creciente militarización de la seguridad pública y la política bajo regímenes democráticos. Estos estudios capturan una realidad empírica: la militarización ocurre, pero lo hace de manera distinta del pasado. Hasta ahora, la literatura se ha concentrado en analizar sus consecuencias, con hallazgos consistentes. Flores-Macías y Zarkin (2021) muestran que incrementa los niveles de violencia; Acacio, Passos y Pion-Berlin (2023) y Magaloni y Rodríguez (2020), que aumentan los abusos a los derechos humanos, y Levitsky y Murillo (2020), que erosiona la calidad de las instituciones democráticas.

Menos exploradas, en cambio, están sus causas. ¿Por qué los líderes civiles recurren a las fuerzas armadas de formas tan variadas? La evidencia empírica es aún escasa, pero la literatura ha señalado posibles factores:

1. Altos niveles de violencia: los Estados que enfrentan tasas elevadas de homicidios tienden a responder con estrategias militarizadas.
2. Influencia de Estados Unidos: la promoción de políticas de “mano dura” en el marco de la guerra contra el narcotráfico incentiva respuestas militares.

3. Apoyo popular: encuestas como LAPOP o el Latinobarómetro muestran altos niveles de confianza en las fuerzas armadas y respaldo ciudadano a políticas punitivas.

4. Fracaso del liderazgo y el control civil: las instituciones civiles existentes y la crisis de representación generan una inclinación a recurrir a las fuerzas armadas.

Estas explicaciones, sin embargo, suelen ser *ad hoc* y carecen de sistematización comparativa. De allí la necesidad de un marco analítico que permita explicar cómo se traducen estos factores en las decisiones políticas de los líderes civiles.

Conclusión

Aunque la conflictividad global ha impulsado a muchos países a invertir más en defensa y modernizar sus fuerzas armadas, la realidad latinoamericana muestra que la militarización es un fenómeno dinámico que se proyecta en distintas esferas de la vida pública y que tiene implicaciones directas sobre el uso de la institución encargada del control coercitivo del Estado. Una mirada amplia a lo largo del tiempo revela que son los ámbitos políticos y sociales los que concentran los mayores niveles de militarización.

En un contexto en el que las amenazas y las percepciones a la seguridad varían tanto, toda democracia debe plantearse una pregunta central: ¿para qué deben ser usadas las fuerzas armadas? Modernizarlas y adaptarlas al signo de los tiempos resulta tan importante como hacerlo de una manera consensuada y democrática. El problema no reside tanto en que sus roles cambien, sino en cómo y cuándo cambian esos roles.

La institución militar es una corporación organizada cuyas reglas, entrenamiento y doctrinas se arraigan en estructuras que requieren tiempo para modificarse. Del mismo modo, equipar y modernizar el aparato de defensa es un proceso lento que suele exceder los tiempos de la gestión pública. En otras palabras, la actualización del aparato militar a nuevas reglas de funcionamiento y a nuevas misiones no necesariamente corresponderá con el ritmo al que se modifican las leyes y las reglas institucionales. Alterar su rol sin calibrar estos desajustes —por ejemplo, en materia de preparación y equipamiento para las nuevas funciones— puede generar un desfase entre lo que se espera de los militares y lo que realmente pueden hacer. Además, ampliar sus funciones sin preservar la naturaleza de la institución puede diluir su identidad y su *ethos* profesional, a riesgo de solaparse con las fuerzas de seguridad. La preservación de las instituciones coercitivas del Estado, el respeto a las reglas y el consenso democrático y la evaluación profunda de las consecuencias de estos cambios deben guiar las decisiones de política pública.

Las amenazas a la seguridad se transforman tanto por factores objetivos como por percepciones sociales y políticas. Sería ingenuo no reconocer que la naturaleza se modifica de manera exponencial, no solo en el tipo de amenaza, sino también en los medios y tecnologías con los que se libra. Las fuerzas armadas democráticas deben estar preparadas para enfrentar este tipo de desafíos. Sin embargo, el mayor desafío recae en los líderes civiles, responsables de implementar políticas públicas eficien-

tes y efectivas, que respeten los principios democráticos y garanticen el bienestar de sus ciudadanos.

Finalmente, la militarización latinoamericana no es, necesariamente, un fenómeno único y excepcional. Las diversas crisis del siglo XXI han promovido la expansión de las responsabilidades militares en todo el mundo. La región ofrece un laboratorio para entender un proceso global, donde los líderes civiles utilizan cada vez más las fuerzas armadas para tareas y misiones que van mucho más allá de la guerra.

Referencias

- Acacio, I., Passos, A. M. y Pion-Berlin, D. (2023). Military responses to the COVID-19 pandemic crisis in Latin America: Military presence, autonomy, and human rights violations. *Armed Forces & Society*, 49(2), 372-394. <https://doi.org/10.1177/0095327X211070035>
- Arnson, C. (2012). Introduction: Conflict, democratization, and the State. En *In the Wake of War Democratization and Internal Armed Conflict in Latin America*. Woodrow Wilson Center press.
- Bayer, M., Croissant, A., Izadi, R. y Scheeder, N. (2023). Multidimensional measures of militarization (M3): A global dataset. *Armed Forces & Society*, 0095327X231215295. <https://doi.org/10.1177/0095327X231215295>
- Bowman, K. (1996). Taming the tiger: Militarization and democracy in Latin America. *Journal of Peace Research*, 33(3), 289-308. <https://doi.org/10.1177/0022343396033003004>
- Collier, D. (1979). Overview of the Bureaucratic-Authoritarian model. En *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton University Press.
- Cruz, C. y Diamint, R. (1998). The new military autonomy in Latin America. *Journal of Democracy*, 9(4), 115-127. <https://dx.doi.org/10.1353/jod.1998.0057>
- Diamint, R. (2015). A new militarism in Latin America. *Journal of Democracy*, 26(4), 155-168. <https://doi.org/10.1353/jod.2015.0066>
- Diamint, R. (2021). Remilitarización en América Latina. En *Militares y gobernabilidad. ¿Cómo están cambiando las relaciones cívico-militares en América Latina?* Friederich Ebert Stiftung.
- Eide, A. y Thee, M. (1980). *Problems of contemporary militarism*. Routledge.
- Flores-Macías, G. y Zarkin, J. (2021). The militarization of law enforcement: Evidence from Latin America. *Perspectives on Politics*, 19(2):519-538. <https://doi.org/10.1017/S1537592719003906>
- Huntington, S. (1957). *The soldier and the State: The theory and politics of civil-military relations*. Harvard University Press.
- Jervis, R. (1978). Cooperation under the security dilemma. *World Politics*, 30(2), 167-214. <https://doi.org/10.2307/2009958>
- Kraska, P. B. (2007). Militarization and policing. Its relevance to 21st century police. *Policing*, 1(4), 501-513. <https://doi.org/10.1093/police/pam065>
- Kuehn, D. y Levy, Y. (2020). Material and discursive militarisation in democracies. *GIGA Focus*, 6. <https://www.giga-hamburg.de/en/publications/giga-focus/material-and-discursive-militarisation-in-democracies>
- Levitsky, S. y Murillo, V. (2020). La tentación militar en América Latina. *Nueva Sociedad*, 285. <https://nuso.org/articulo/la-tentacion-militar-en-america-latina/>
- Levy, Y. (2016). What is controlled by civilian control of the military? Control of the military vs. control of militarization. *Armed Forces & Society*, 42(1), 75-98. <https://doi.org/10.1177/0095327X14567918>

- Lind, J. M. (2004). Pacifism or passing the buck? Testing theories of Japanese security policy. *International Security*, 29(1), 92-121. <https://doi.org/10.1162/0162288041762968>
- Lutz, C. (2002). Making war at home in the United States: Militarization and the current crisis. *American Anthropologist*, 104(3), 723-735. <https://doi.org/10.1525/aa.2002.104.3.723>
- Magaloni, B. y Rodríguez, L. (2020). Institutionalized police brutality: Torture, the militarization of security, and the reform of Inquisitorial Criminal Justice in Mexico. *American Political Science Review*, 114(4), 1013-1034. <https://doi.org/10.1017/S0003055420000520>
- O'Donnell, G. A. (1973). *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism*. Studies in South American Politics. Institute of International Studies. University of California. <https://www.almendron.com/tribuna/wp-content/uploads/2020/05/modernization-and-bureaucratic-authoritarianism.pdf>
- Pereira, A. W. (2005). *Repression, legality, and authoritarian regimes*. University of Pittsburgh Press.
- Pion-Berlin, D. y Carreras, M. (2017). Armed Forces, Police and Crime-fighting in Latin America. *Journal of Politics in Latin America*, 9(3), 3-26. <https://doi.org/10.1177/1866802X1700900301>
- Pion-Berlin, D. y Trinkunas, H. (2010). Civilian praetorianism and military shirking during constitutional crises in Latin America. *Comparative Politics*, 42(4), 395-411. <https://doi.org/10.5129/001041510X12911363509990>
- Ross, A. (1987). Dimensions of militarization in the third world. *Armed Forces & Society*, 13(4), 561-578. <https://doi.org/10.1177/0095327X8701300405>
- Stepan, A. (1988). *Rethinking military politics*. Princeton University Press.
- Stockholm International Peace Research Institute. (2024). SIPRI Military Expenditure Database. <https://milex.sipri.org>
- Van Evera, S. (1984). The cult of the offensive and the origins of the First World War. *International Security*, 9(1), 58. <https://doi.org/10.2307/2538636>
- Verdes-Montenegro Escánez, F. J. (2019). *La (re)militarización de la política latinoamericana. Origen y consecuencias para las democracias de la región*. Documentos de Trabajo 14. Fundación Carolina. <https://doi.org/10.33960/issn-e.1885-9119.DT14>
- Wendt, A. y Barnett, M. (1993). Dependent state formation and Third World militarization. *Review of International Studies*, 19(4), 321-347. <https://doi.org/10.1017/S0260210500118248>
- Xiao, L., Nan, T., Lopes da Silva, D., Scarazzato, L., Karim Z. A. y Guiberteau Ricard, J. (2025). Trends in world military expenditure, 2024 (SIPRI Fact Sheet). Stockholm International Peace Research Institute. <https://doi.org/10.55163/AVEC8366>